



EDITORIAL

## PENSAR DESDE EL CUERPO Y DESDE LAS TRANSFORMACIONES DE LO REAL

«Todo el universo de la ciencia está construido sobre el mundo vivido», Maurice Merleau-Ponty (1908-1961)

Conocer todo lo que nos rodea y formular conceptos y leyes generales a partir de los datos de la experiencia parece una tarea inherente al ser humano desde su origen, y la filosofía en su nacimiento en Grecia formuló y asumió esa tarea como un camino de vida y de formación ineludible, sentando las bases del conocimiento racional y del saber científico. La historia del conocimiento humano emprende desde pronto el camino de la abstracción a partir de los datos concretos; destila la circunstancia y lo variable en nociones generales con el objeto de poder reconocer y predecir fenómenos similares en el futuro, aspirando a establecer leyes universales; busca lo que permanece en el devenir o la lógica del mismo. Esta aspiración tiene también su raíz en la necesidad de supervivencia, de seguridad y control, pues el conocimiento, aunque puede suministrar un placer en sí mismo, se alza como un instrumento imprescindible de dominio para una especie, la humana, que tiene en su inteligencia su recurso fundamental de supervivencia y adaptación a cualquier entorno natural, que además siempre será susceptible de ser transformado desde el pensamiento humano desarrollado como técnica y en definitiva como cultura.

Ahora bien, frente a esta concepción siempre se abrirán fisuras y sospechas sobre un pensar excesivamente abstracto y descarnado, que en su afán por llegar a la universalidad puede incurrir en el vacío de la abstracción y entrar en conflicto o ser derrotado por una realidad siempre cambiante, tanto la externa como la íntima del hombre en su vida cotidiana. La filosofía contemporánea, especialmente desde finales del siglo XIX, fue desplegando esta sospecha e incomodidad ante un conocimiento que paulatinamente además iba siendo formulado desde un método estricto de observación y cuantificación de la experiencia y de formalización lógica y matemática, esto es, desde la concepción positivista de todo conocer. Corrientes como el vitalismo, la fenomenología o la filosofía existencial coincidirán en esta tarea desde diferentes planteamientos. De otro lado, los presupuestos del positivismo y del positivismo lógico irán siendo también revisados constantemente, especialmente desde el giro lingüístico, y darán lugar a una formulación nueva de la ontología en perspectiva analítica.

Desde un elenco variado de enfoques y temas, hemos querido reunir en el presente número trabajos en torno a todas estas cuestiones que revisan la cuestión del conocimiento humano, la necesidad de una reorientación del mismo desde el cuerpo, el entramado espacio-temporal, de un lado, y de otro revisiones críticas de problemas clásicos de todo conocer, como el de la multiplicidad y el cambio frente a lo esencial y el ser y la realidad como tal, en interlocución especialmente con importantes pensadores contemporáneos.

El primer artículo nos brinda una iluminadora comparación entre Aristóteles y Merleau-Ponty en torno a las importantes prestaciones de la percepción a la hora de elaborar nuestras cogniciones, con un primado en funciones de discriminación o discernimiento, unificación e incluso autopercepción (reflexividad) con autonomía respecto a las funciones más netamente intelectuales. De ahí surge una idea de un cuerpo

sentiente liberado tanto de una concepción mecanicista como de una visión abstracta e intelectualista. Desde contextos filosóficos tan distantes, este primer texto nos permite enmarcar el tema de este número de la mano de dos grandes de la historia de la filosofía, siendo Merleau-Ponty posiblemente quien mejor representa esa reivindicación de un sujeto y un *cogito* reencarnados en y desde su corporalidad. El segundo artículo enriquece este enfoque desde la teoría musical y la psicología evolutiva, rastreando los elementos rítmicos en el mismo pensamiento y la pervivencia de un «ritmo corporeizado» en nuestras operaciones netamente intelectivas. Recordando la relevancia crucial y existencial de la dimensión temporal en un pensador como Heidegger, el cuarto estudio hace un minucioso seguimiento de las relaciones temporales de nuestra existencia (*Dasein*) en y con el mundo, desligándose de una metafísica de la subjetividad. También desde el análisis del legado heideggeriano, el tercer artículo nos lleva al tema de la ubicación espacial de nuestro cuerpo entre las cosas que nos circundan. El segundo estudio también aborda la renovada idea heideggeriana de la misma filosofía, como un ejercicio en itinerario existencial, abierto al ser de la comprensión y al desvelamiento, y no a las respuestas cerradas del modelo científico; más que un final de la filosofía, asistimos a su urgente reencarnación vital en nuestro existir, que no es sólo un acto intelectual, sino también afectivo, acaso en el sentido más primigenio del *logos* griego. El tercer estudio nos recuerda un elemento fundamental en este rearme y desarme a un tiempo del cogito clásico, el elemento creador y transformador; y lo hace de la mano de la noción de «fuerza plástica» en Nietzsche, que recogiendo un concepto estético lo amplía a una característica del superhombre y su modo de estar y relacionarse con lo que le rodea y con su propia historia. Recogiendo la fuerza crítica y la incidencia histórica de la misma ficción en la obra de Rancière, el séptimo artículo sirve para completar esa gran metamorfosis que el *cogito* ha requerido atravesar en diversas etapas del pensamiento contemporáneo, resultando así todo acto de percepción y cognición de lo real algo mucho más versátil y complejo que una mera toma y encaje de datos objetivos.

Ahora bien, junto al sujeto también la realidad se transforma y cambia constantemente, y no deja de increparnos. El sexto artículo apela a la interesante noción del «poder de lo real» en autores en principio tan dispares como el filósofo Zubiri y los dramaturgos Sófocles y Beckett. Desde estos últimos queda desafiada la filosofía desde la visión trágica y desde el absurdo y sin sentido respectivamente. Abierta una nueva discusión sobre lo real, el quinto estudio revisa los dos «realismos» que implicaría la filosofía zubiriana: la noología, más desarrollada y que sería el realismo de partida del sujeto de la aprehensión, y la «reología», que se define como un realismo de llegada, y del que acusa su menor desarrollo. Al margen del ámbito zubiriano, pero compartiendo la preocupación por reelaborar filosóficamente la realidad que nos descubre el avance de la física, el quinto artículo nos propone una revisión de la ontología de los objetos materiales, su contacto y sus límites. El cuarto artículo nos presenta en diálogo con Zubiri, Ferrater Mora, Blumenberg y otros pensadores contemporáneos una serie de interesantes conceptos y metáforas (como mapa, red) para abordar una ontología de la complejidad y la pluralidad de objetos. Retomando el mismo problema epistemológico, el sexto estudio ilumina desde la obra de E. Agazzi la necesidad de revisar la estructura analógica de la racionalidad de las ciencias, posibilitando así diferentes racionalidades «análogas». El último estudio, haciéndose eco de la importante crítica desde el lenguaje de la misma gesta de la abstracción filosófica, nos recuerda que el concepto de «Ser», central para la metafísica clásica, tuvo que hipostasiar una voz significativa y casi vacía. Desde esta acerada crítica, nos preguntamos si la filosofía debe renunciar a su búsqueda de la abstracción y la universalidad, o más bien, si debe aspirar a un horizonte de universalidad encarnado, articulado y vivo, que siempre permanecerá abierto, y acaso tan *inexistente* como *necesario*, tal y como Eduardo Chillida describió horizonte.

Ricardo PINILLA BURGOS  
Director de PENSAMIENTO